

Las vueltas del odio

Gestos, escrituras, políticas

GABRIEL GIORGI

ANA KIFFER





Las vueltas del odio. Gestos, escrituras, políticas

GABRIEL GIORGI - ANA KIFFER

El odio marca, quién lo duda, nuestro momento de mayor peligro. Pero por eso mismo marca la inflexión y la potencia de otro tiempo posible.

Corren tiempos de un implacable avance de nuevos fascismos y el odio, entendido no como una pasión homogénea, sino como un condensador de afectos diversos, cumple una función clave en su desarrollo cotidiano, en su injerencia en diferentes ámbitos de la vida social. El odio lleva al límite los pactos discursivos, las formas de relación social, los protocolos de la vida civil y las reglas de lo democrático.

Gabriel Giorgi y Ana Kiffer analizan y observan sagazmente no solo la naturaleza compleja e inestable del odio, sino sobre todo su capacidad de transformación, de convertirse en algo diferente. El odio contemporáneo es fundamentalmente un odio escrito: se publica, se postea, se

viraliza, se hace cadena. Así, Giorgi y Kiffer recorren tres instalaciones artísticas, una argentina y dos brasileñas, que exhiben escrituras del odio y, al hacerlo, las piensan y las disputan: *Diarios del odio*, de Roberto Jacoby y Sid Krochmalny, *Odiolândia*, de Giselle Beiguelman y *Menos um*, de Verónica Stigger.

Las vueltas del odio indaga en las urgencias y las insurgencias de nuestro presente para permitirnos hablar de aquello que preferiríamos que no estuviera entre nosotros, pero lo está.

Las vueltas del odio

Gestos, escrituras, políticas

GABRIEL GIORGI

ANA KIFFER



ETERNA CADENCIA EDITORA

Índice

Cubierta	
Sobre este libro	
Portada	
Introducción	
Arqueología del odio. Escrituras públicas y guerras de subjetividad	
“Crispación”: una redistribución de afectos colectivos	
Materiales	
Transcribir, archivar: una política de las enunciaciones	
Ruido público	
Guerras de subjetividad	
Una fundación en disputa: los derechos humanos	
Escrituras performáticas	
Pedagogías de lo público: las palabras y los cuerpos	
Hacer público	
Literatura y derrame	
El odio y el desafío de la Relación	
Contexto y premisas	
Las afecciones políticas como contranarrativas frente a las tentativas de fijación de identidades	
Escena 1: Compulsión	
Escena 2: Cuerpos de límites, límites de los cuerpos	
Escena 3: Relación	

Hacia un desenlace
Sobre los autores
Página de legales
Créditos
Otros títulos de esta colección

INTRODUCCIÓN

Este libro se sitúa como intervención crítica que se inscribe entre las urgencias y las insurgencias de nuestras vidas hoy. Entre lo que como ruido escuchamos todavía sin descifrar, y lo que como insurrección nos impulsa a pensar. Por un lado, fruto de la sorpresa con la que observamos el desmoronamiento del suelo democrático en las sociedades contemporáneas y, por otro, como efecto del derrumbe de las grandes certezas que por tanto tiempo reglaron el ejercicio teórico e interpretativo.

Navegando entre el activismo y la lectura atenta de fenómenos que crecen, abordar la cuestión de los odios, buscar graduarlos en sus diferentes apariciones sin, no obstante, pretender apaciguarlos, negándolos o sometiénolos a los regímenes de afecciones preexistentes, se exhibe como una tarea en construcción, en relación, y muchas veces no sin quemarnos juntxs nuestras pieles.

El odio quema como el fuego de las afecciones que lastiman los tejidos discursivos, tanto en su brutalidad

aniquiladora que acecha al lenguaje en su propia imposibilidad de decir, como en su fuerza de reivindicación por rehacer los regímenes vivos de inscripción y de los modos y las apariciones de un poder-decir. Hay por lo tanto una fuerza vital en la afección del odio que este ensayo busca destilar. Hay también y siempre una fuerza mortificante que fija el odio en los cuerpos que lo padecen. Hay una piel performativa en esas nuevas discursividades del odio que reabren las tumbas de nuestros cadáveres no enterrados. Pero hay también una vitalidad –ruido o grito, un poder-decir que se insurge como palabra friccionada– de los cuerpos antes tachados, invisibilizados y todavía hoy bajo el riesgo constante de ser aniquilados. Cuerpos que en su existencia señalan inevitablemente otros modos de decir, de contar y de escribir lo que allí mismo y a contrapelo ya se decía de forma *diferente*.

La dimensión performática de los gestos que hoy esbozan política y subjetivamente las afecciones del odio se hace ver aquí en el contrapunto de las escrituras precarias que buscan inscribirse como necesidad de ligar aquello que abierto en el horizonte de las disputas actuales culminaría solo como germen del caos, como fuerzas de supresión. Cuando escribir adviene necesidad de inscribir –en los cuerpos, medios, afiches, cuadernos, superficies, redes y corrientes abiertas–, los regímenes de las afecciones y los del discurso se recolocan frente a frente. Nada de eso significa reinsertar la escritura en el seno de las historias o de las pasiones individuales, encerrarlas en sus territorios

trágicos o felices. Tampoco pensar que el régimen de las afecciones, desafiando el régimen de los discursos, funcionaría solo como efecto de movimientos colectivos de sujeción por contagio -hordas ignorantes de su propia vulnerabilidad-. Aunque todo eso reaparezca en el escenario actual, entre la fórmula ejemplar del dedo en arma bolsonarista, repetido como emoji, banalizado como si la muerte y el exterminio no se inscribieran allí, vemos aquí todavía un inmenso desafío de construir otros archivos afectivos-escriturarios como forma urgente de combate a la brutalidad de la muerte. La muerte y la violencia ya estaban en nuestros cuerpos y continentes antes de que comenzáramos a poder-decir. ¿Qué o cómo, ahora, todavía, diferenciar en el odio? ¿Por qué hablar de lo que preferiríamos que no estuviera más entre nosotros? Porque eso está. Y no solo de repetición, de matrices unificadas, de retorno y de atraso está hecho el odio. Apuesta arriesgada que aquí tendremos que sostener.

Entre el gran desvío construido a través de una idea feliz y cordial de vida común, entendemos el desafío de interrogarnos sobre los nuevos pactos democráticos con y a partir de los odios que hoy los dilaceran. De diferenciar, del interior mismo de las inscripciones del odio, los ruidos, los gestos y los gritos de la y por la vida. De lo que aquí puntuamos como necesaria diferenciación entre un odio político y una política del odio. Afecciones urgentes y a ser tomadas en sus riesgos, como desafío a lo que insiste en

desligar los lazos de vida y todo aquello que desgarrando rehace o exige nuevos modos de Relación.

El odio no es un afecto o una pasión homogénea ni idéntica a sí misma. Es un condensador y un modulador de afectos diversos: conjuga una constelación de pasiones, que pasan por la bronca, la furia, la ira, la indignación. Elegimos quedarnos con el odio como núcleo porque es el afecto más problemático, en un sentido específico: el que lleva al límite las formas de relación social, los pactos discursivos, las formas y protocolos de la vida civil y las reglas de lo democrático. El odio empuja límites, los desplaza: mientras que otros afectos –pensemos en la bronca o la indignación– pueden respetar canales de expresión y modos de performance más estabilizados, el odio, en su vocación más característica, busca romper pactos, impugnar formas de relación, desmontar protocolos de civilidad y de lazo. El odio, en este sentido, no es un *afecto noble*, una pasión propia del entusiasmo civil y democrático como pueden serlo la bronca o la furia. Es un afecto problemático, profundamente *abyecto* o al menos siempre colindante con la abyección, fundamentalmente porque se enlaza con lo que una sociedad –y sus formas de subjetivación– declara como deshechos, como detritus, como instancia de repudio. De allí, evidentemente, la fuerza de su violencia, su capacidad para evocar y, con vertiginosa frecuencia, producir la eliminación de cuerpos, de vidas, de grupos.

Es esta dimensión problemática, ambivalente, *compleja* del odio lo que nos interesa indagar. Por un lado, el odio adquirió una centralidad nueva en la última década –y especialmente en la coyuntura más reciente con la victoria de Jair Bolsonaro–, como así también lo que, en general, nombramos como una nueva ola conservadora, un deseo fascista de aniquilar vidas, un crecimiento avasallador de extrema derecha en el mundo y una necropolítica que se ensalza en el lugar de lo que antes creíamos que era un pacto civilizatorio mostrando un rostro y una gravitación nueva que nos permite hablar de formas contemporáneas del odio, plegándose sobre formas del racismo, el masculinismo, la violencia patriarcal y sexista, el clasismo más rabioso. Pero por otro lado, el odio –su constelación afectiva compleja– atraviesa muchas de las energías de promesa emancipatoria, creativas, potentes que recorren nuestras sociedades. Intentamos evitar, antes que nada, toda simplificación y moralización fácil ante el odio, ese gesto –recurrente, comprensible pero siempre tramposo– de *poner el odio afuera*, encarnarlo en figuras reconocibles y estabilizadas (el “hater”, el “facho”, el “bolsominion”, etc.), y de expurgar nuestras posiciones respecto de esos afectos bajos. Hace falta, creemos, una aproximación más matizada, que dé cuenta no solo de la naturaleza compleja, inestable y diversa de lo que llamamos odio, sino también, y quizá sobre todo, de su naturaleza en proceso, en transformación, en devenir, capaz de convertirse en otra cosa, de descentrarse y de afirmarse en otras líneas y en

otras posibilidades. El odio como afecto colectivo se vuelve terreno de una pedagogía, a la vez sensible y política, hecha de formas de expresión y de objetivos u horizontes colectivos. Pero para eso hay que pensar el odio, entrar en él, reconocer su proximidad: ese quiere ser uno de los objetivos de este libro.

Para ello, nos enfocamos en una misma pregunta hecha desde dos lugares diferentes y en tensión: ¿dónde y cómo se inscribe el odio? y ¿cómo y dónde escribe? Los dos ensayos que componen este libro exploran una filigrana que se desdobra: la de las inscripciones corporales del odio –en el gesto, en la superficie de los rostros, en la expresividad dramática del odio en las performances corporales– y a la vez la de las escrituras del odio, siempre pegadas a los cuerpos, traficando una electricidad que viene del reborde mismo de la voz, del gesto, de una fuerza háptica de las palabras. “Escrituras precarias”, “escrituras performáticas”: los ensayos trabajan con concepciones amplificadas, expansivas, de lo escrito y de la inscripción para intentar capturar precisamente eso que excede y tensa las formas de representación escrita, las formas heredadas de la cultura letrada, y a la vez los modos en que la política se volvió discurso estabilizado en ciertas formas de escritura. Tomando distancia de los repertorios clásicos de la cultura letrada y de su esfera pública –el periódico, el libro– y de los territorios cristalizados de la cultura mediática –la televisión, la radio–, estas escrituras emergen en los territorios de la calle, del entre-cuerpos de la

manifestación, en las zonas aurales de la voz y de la cacofonía colectiva, de los foros online, de las instalaciones y de las prácticas performáticas. Buscamos estas zonas, estos umbrales donde se anudan nuevas formas de expresividad, otras formas de intervenir en la lengua, otros agenciamientos de lo colectivo que permanecen opacos, o nunca perceptibles, porque precisamente pensamos que allí se albergan los laboratorios del presente, esto es, tanto sus agujeros negros, sus líneas de pulsión de muerte -tan teatralizadas por los neofascismos y sus pedagogías de la crueldad- como sus líneas de fuga, sus saltos emancipadores, las líneas de creación. El odio viene a marcar una ruptura de ciertos pactos, protocolos, formas de relación previas. Mapea ese desfondamiento y las líneas que de allí surgen: potencias negativas, abrasivas, pero también nuevos territorios colectivos, nuevos lugares de enunciación, nuevas formas de ocupación de lo público, ejemplarmente encarnadas en los feminismos. El odio marca, quién lo duda, nuestro momento de mayor peligro. Pero *por eso mismo* marca la inflexión y la potencia de otro tiempo posible.

Un tema que recorre los dos ensayos es el de las irrupciones e inscripciones del odio como rearticulación de los lugares de enunciación, de los agenciamientos colectivos que se leen allí y las guerras de lenguas en las que se configuran nuevas formas y circuitos de lo público. El odio, aquí, no es tanto -o no solo- una dimensión psicológica, un foco de la vida afectiva de la subjetividad,

sino sobre todo una energía y una intensidad que altera los pactos discursivos, los lazos simbólicos, los protocolos cívicos –con sus reglas de lo decible– en los que se basaron las democracias brasileñas y argentinas. El odio es antes que nada un sismo, una sacudida rabiosa a los *protocolos de la expresión democrática*, a las formas, los canales, las vías de expresión de sentidos y afectos en los que se conjugan las representaciones unificadas de “lo popular”, el “ciudadano”, lo “nacional-popular”, o “povo trabalhador”, etc. Son esas cristalizaciones –que durante mucho tiempo parecieron ser las únicas formas de articulación política en las democracias regionales: los “marcos” de legibilidad política como tal– lo que el odio sacude. El odio nombra esa fricción sostenida e implacable sobre las formas civiles, y la apertura hacia intensidades, afectos, líneas de subjetivación que no terminan de encontrar formas de articulación y de representación en las formas políticas existentes: *lugares de enunciación heterogéneos*, irreductibles a los discursos dominantes, estabilizados, reconocibles. Una heteorgeneidad que irrumpe y desmarca los protocolos y las liturgias de lo democrático. *Ese temblor de la democracia* es lo que queremos pensar.

Para dar cuenta de esta heterogeneidad nos centramos en este umbral de afectos precarios, performáticos, en el límite entre lo representable y lo irrepresentable, lo que tensa y disputa universos de significación y de enunciación. El límite con el ruido, el rumor, el grito, la pura voz y que

recorre cuerpos, gestos y palabras. Nos situamos ahí no solo porque el odio contemporáneo es un modelado político de esas intensidades, sino también porque en ese umbral afectivo se condensan otros tiempos, memorias, latencias, deseos que no encontraron su articulación política *y cuya expresión en nuevas formas de subjetivación y en políticas emancipatorias* es la tarea urgente del presente. Esa tarea es indiferenciadamente estética y política, pero se afirma sobre todo en un ejercicio ético, de trabajo sobre las subjetividades que es necesario, más que nunca, abordar. Una “clínica de cultura” y una “pedagogía pública” como proyecto crítico afirmativo y urgente.

Este libro se escribe a cuatro manos, entre géneros, entre dos países y dos idiomas. Busca que las fricciones entre las lenguas, las ideas, las experiencias históricas no se dejen reducir por lecturas aéreas, generalizadoras, en bloque. Quiere desplazar los mapas previsibles, las perspectivas ya dadas. Y quiere conectarse y amplificar movimientos de la sensibilidad a partir de una traducción siempre tensa, siempre incompleta: entre portugués y español, pero también entre los mapas sociales y políticos argentinos y brasileños, entre experiencias históricas diferentes y entre realidades que tienen mucho en común pero también muchas diferencias. Y fundamentalmente, quiere pensar, en la escritura precaria y abierta, a cuatro manos, *esa traducción a la vez imperiosa y agónica entre afecto y lenguaje, entre afección y palabra, entre intensidad y gesto*. Ese umbral, esa frontera, es siempre

móvil, nunca fija, está abierta, ahora quizás más que nunca, a nuevas escrituras, a nuevas formas, a nuevos canales. Escribir a cuatro manos, entre países y entre lenguas, en el temblor de las dos democracias, es también una táctica formal para que nuevos pliegues de lo sensible y del pensamiento –esto es, de la crítica– suban a la superficie y contaminen nuestros saberes y nuestras prácticas. Escribir entre dos lenguas también representa aquí escribir un *entre-lugar* por donde se filtra un deseo de pliegue y de matices. Escribir *entre* es traer al centro de nuestra experiencia el diálogo en la diferencia. Fricción entre nuestros textos como superficie áspera y deslizante. Piel performativa que también recorre nuestros cuerpos escritos. Es desde este lugar que hablamos de los procesos de escritura inacabados, precarios o que acechan al y en el lenguaje como operadores de subjetivación político-afectiva. Clínica de la cultura y pedagogía pública funcionan no solo como modos de leer los fenómenos que aquí buscamos tratar, sino de vivir la máquina escrituraria que monta este ensayo, y que se conecta con las encrucijadas de afecciones difíciles, a veces inabordables y limítrofes como experiencia subjetivadora de nuestro propio proceso de construcción crítica de lo contemporáneo.

Pliegue de este libro sobre sí mismo, de estos dos ensayos lado a lado como una invitación al ejercicio que nos muestra, aquí y ahora, que plegar no es superponer –el pasado fascista sobre el presente neofascista, las bases